

El juego de la mariposa.

Alan Torino

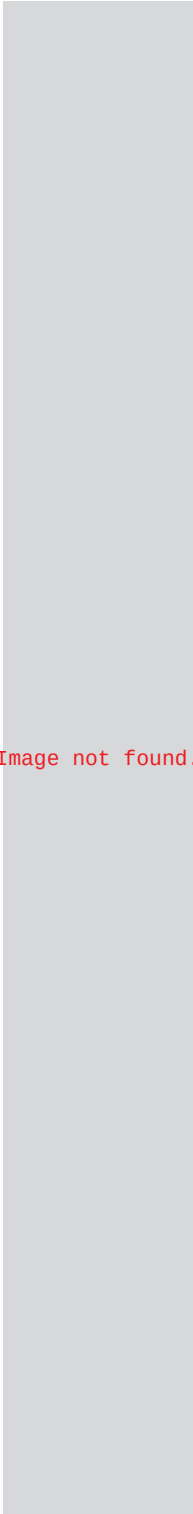


Image not found.

Capítulo 1

En la primavera del sesenta y dos, la abuela Mary era ya demasiado anciana como para cuidarse sola. Así que su hijo, junto a su familia decidieron mudarse a su casa por un tiempo.

Se encontraba fuera de la ciudad, pero de todos modos el viaje no era tan largo por lo cual el padre no tenía problemas con el trabajo; y los niños estaban por empezar las vacaciones de verano.

La que más encantada por la idea era la pequeña Alice, ella adoraba a su abuela y ésta le correspondía de igual manera.

–Hace mucho calor –dijo Adrián, el hermano de Alice.

–Adrián, deja de quejarte –le contestó su padre – De todos modos tienes que venir.

La época había llegado muy calurosa, y el ambiente en el auto se hacía insoportable.

–¿Por qué no puedes estar entusiasmado como Alice? –dijo su madre.

–Porque Alice es rara –dijo el chico – La casa de la abuela queda lejos, huele a viejo y además el campo es aburrido.

–A mi me gusta el campo –dijo Alice– Hay muchas ardillas y pajaritos.

–Por favor, que rara eres–le dijo su hermano, tirándole un mechón de pelo.

–Déjame –dijo Alice– Tu eres el raro.

–Basta los dos – interrumpió el padre– Estamos llegando, comportense.

Efectivamente, la casa de la abuela estaba casi frente a ellos. Alice pudo ver sentada a la anciana en el banco del pórtico, los estaba esperando.

Cuando se detuvieron, Alice fue la primera en bajar, corrió hasta donde estaba su abuela y ésta la recibió con un fuerte abrazo.

–¡Abuela! –gritó Alice.

–Oh querida –le dijo su abuela – ¿Cómo has estado? Te extraña mucho.

–Adrián, baja el equipaje por favor. –le ordenó su padre.

–¿Por qué yo?- pregunto.

–Porque yo te digo –le dijo.

–Te hará bien un poco de ejercicio.

Resignado, Adrián se puso a entrar el equipaje de la familia.

Ya dentro, Alice y sus padres, la niña se precipitó sobre Mimi, la gata de su abuela. Mimi ya estaba un poco vieja, su pelaje gris se veía desgastado y su humor, áspero como la piedra.

Eventualmente la gata huyo y Alice se perdió tras ella.

–¿Cómo has estado mamá? –preguntó el papá de Alice.

–Bien hijo –le respondió –No me puedo quejar demasiado.

–Bueno, no te preocupes –le dijo –¿Verdad mi amor? –preguntó, dirigiendo la vista a su esposa.

–Por supuesto –respondió ésta sonriendo mientras buscaba en su cartera –¿Cariño tu viste mi monedero?

–No amor, quizás lo dejaste en el auto –respondió el hombre –Vamos, te ayudo a buscarlo.

Mientras tanto, en el cobertizo, Alice buscaba a Mimi.

–¿Mimi, dónde estás? –preguntó Alice en voz alta.

El cobertizo se encontraba poco iluminado, y una nube de polvo se divisaba en los rayos de luz que se filtraban por la ventana. Todo estaba cubierto por mantas viejas y telarañas enormes.

Alice se paseó por el laberinto de cosas, buscando a Mimi. Encontró una pila de cajas viejas que le llamaron la atención. Las más grandes de arriba tenían un montón de revistas viejas, que seguro leyó su abuela en la juventud; también había unos rollos de películas viejas y fotos en blanco y negro.

Pero lo que más le llamó la atención fue una caja pequeña, que estaba detrás del resto. Ésta era de madera, y tenía adornos alrededor, eran mariposas labradas y en la tapa una especie de palabras extrañas.

Estaba cerrada, no tenía candado ni cerradura pero Alice no podía despegar la tapa de la caja.

Entonces, oyó unos movimientos detrás suyo, algo debajo de las mantas se movía.

–¿Mimi? –preguntó Alice asustada.

El movimiento se detuvo. Alice dio dos pasos en su dirección y extendió la mano para retirar la manta.

Justo en el momento de tocarla... Mimi salió corriendo por la puerta, asustando a Alice que dio un salto hacia atrás.

Con el salto, dejó caer la caja al suelo; la tapa salió disparada con el golpe y la caja quedó abierta en el suelo.

Alice se recuperó del susto, y fue hasta donde la tapa. Luego se dirigió hasta la caja y miró en su interior. Vislumbró un pequeño objeto blanco en el centro. Lo tomó en su mano, y lo sintió frío al tacto. Más de cerca vio que era una pequeña mariposa de cristal y al voltearla descubrió que era un prendedor.

Le encantó su hallazgo, y salió emocionada escaleras abajo en dirección a la sala, con la mariposa prendida de su vestido.

–¡Abuela! –gritó pisando el último escalón –Mira lo que me encontré, ¿puedo quedarmelo, por favor?.

Le enseñó la mariposa; su abuela rió y le preguntó a su vez.

–¿Qué es, queri... –se detuvo en seco al verla.

Alice no se podía explicar la deformación que el rostro de la anciana había adoptado. La sonrisa que tenía segundos antes, ya no era de alegre simpatía, y las arrugas de su piel solo empeoraban lo ya descrito.

Las manos le comenzaron a temblar sobre los brazos del sillón, y su rostro comenzó a tomar un tono claro, un pálido tan blanco como las paredes de la casa.

Intentaba decir alguna cosa, pero de su boca sólo salían balbuceos ininteligibles. Se levantó lentamente del sillón, dando un paso hacia Alice.

–¿No debí tomarlo, abuela? –pregunto Alice apenada y nerviosa –Es que me pareció muy bonito, lo siento abuelita; ahora mismo lo devuelvo a su

sitio. –dijo Alice proponiéndose subir las escaleras nuevamente.

–No, Alice –le contestó su abuela, con un tono entre severo y suplicante.

Bajó su mano tanteando la mesita que tenía junto al sillón, y agarró las agujas de tejer que había utilizado la noche anterior.

–Lo siento, pequeña. –sentenció la anciana.

Alice la observó aterrada, no entendía qué sucedía. Y la extraña actitud de su abuela la dejó perpleja. Se quedó viendo cómo la anciana se abalanzaba sobre ella. La abuela levantó las agujas, y Alice soltó un agudo alarido de terror.

Capítulo 2

Una extraña luz blanca comenzó a brillar desde la mariposa, poco a poco fue tomando un suave tono color cian que se reflejó en los ojos de la vieja.

Ésta se había quedado en aquella posición de ataque, paralizada con los brazos extendidos. El sudor escurría de su frente como una cascada en miniatura, podía ser por el calor exagerado en el interior de la casa, quizás. Alice permanecía con la mirada apretada entre sus manos.

Al pasar unos segundos Alice abrió sus ojos extrañada, se encontró frente a ella a su abuela, con la vista fija en la mariposa, la niña bajó la suya a la vez, no entendía qué sucedía. Cuando vio el brillo en la mariposa quedó aún más desconcertada.

–¡Mamá! –gritó de pronto su padre desde la puerta, que entraba junto a su madre y hermano.

–¿¡Qué haces mamá!? –volvió a gritar –Baja eso ¿¡qué te sucede!?.

La anciana volteó lentamente la cabeza, como contra su voluntad, hacia él. Todos estaban inmóviles, intentando asimilar la situación, sin querer dar un paso en falso.

Por las mejillas de la pobre vieja caían algunas lágrimas, arrastrándose por sus mejillas junto a las de sudor.

Contra algo que parecía una fuerza mayor a sus intenciones la abuela levantó aún más los brazos, en sus manos se notaba la fuerza con que apretaba cada vez más las agujas; casi sin aliento, salieron de su boca unas palabras desgarradas por el esfuerzo.

–Yo no quería esto, yo...

Las agujas bajaron.

–¡Mamá no! – gritó el padre.

Alice, que observaba la situación apenas a unos pasos, no pudo evitar volver a soltar un estruendoso grito mientras apretaba los ojos nuevamente.

La sangre ya brotaba lentamente por los resquicios que quedaban entre las agujas y la carne blanda de la mujer. Primero cayó sobre sus rodillas, luego se fue hacia atrás de espaldas junto al sillón que había ocupado

antes.

Alice volvió a abrir sus ojos viendo el cuchillo incrustado en el pecho de la anciana, observó a su padre corriendo en su dirección y a su madre ahogando un grito entre sus manos. Terminó por desvanecerse cuando su padre llegó hasta ella.

–No sabría decirle, –escuchó decir a una voz lejana –¿Sabe de antecedentes de esquizofrenia o demencia senil en su familia?

–No doctor, puede ser pero no puedo asegurarlo –Alice reconoció la voz de su padre.

–Está bien, lo mantendremos al tanto.

–Si, gracias doctor.

El tono de desaliento y tristeza en el tono de su padre le recordó lo que creía haber vivido unas horas antes.

Abrió los ojos lentamente, la luz blanca le cegó momentáneamente la vista: el reflejo de las paredes, las sábanas y el techo, todo de un blanco puro, le dejó caer en cuenta del lugar donde se encontraba.

–Alice, –dijo su madre con emoción a su lado –¡Despertaste mi pequeña!.

Su madre a su lado parecía haber estado esperando que recuperara la conciencia muy angustiada: su cabello rizado y despeinado junto a su rostro más colorado que de costumbre no le proporcionaba buen aspecto; aún así su sonrisa le gustó mucho a la niña. También vio a su hermano sentado en una silla más apartada de la cama; estaba ensimismado en sus pensamientos.

– Mirá Adrián, tu hermana despertó.

La miró un par de segundos, pareciera que de pronto fuera él el que despertaba de un profundo sueño; solo le sonrió.

–Cariño, –dijo su padre, que en ese momento entraba por la puerta.

Se veía aún peor que su madre; Alice creyó que había dormido durante años y lo que veía era ahora a su padre envejecido.

–Estás despierta. – continuó, mientras se acercaba a besarla en la frente.

–Papá... –dijo Alice.

–Tranquila pequeña. –le dijo.

–Si Alice, no te esfuerces por favor. –agregó su madre.

Ambos le sonreía cálidamente, sus bocas le mentían pero sus ojos no lograban hacerlo de igual manera.

–Cuando te recuperes regresaremos a casa –dijo el padre –El doctor dijo que solo fue el susto de...

Su padre hizo una pausa y bajó la mirada derrotado. La mujer se adelantó y lo abrazó.

–Tú sólo descansa pequeña. – le dijo su madre mientras llevaba a su padre fuera de la habitación.

Alice se quedó pensativa viendo como se marchaban, por un momento deseó que aquello hubiese sido un mal sueño, pero el broche sobre la mesita junto a la cama le advirtió que no lo fue.

–Es linda.

Dijo de pronto su hermano; estaba de pie junto a ella del lado contrario a la mesita, no lo había visto ponerse de pie.

–Te queda bien, hermanita –agregó Adrián, en un tono que no iba bien con un chico de trece años; además llevaba en sus labios una sonrisa extraña, algo que la inquietó.

Alice no respondió, se encontraba un poco aturdida aún así que solo pudo asentir con la cabeza; pero antes de bajar la mirada nuevamente le pareció ver en los ojos de su hermano una especie de brillo: una luz. Fue apenas un segundo y Alice supuso que había sido producto de su imaginación así que decidió no darle importancia pero, por alguna razón casi instintiva volvió a desviar la mirada hacía la mariposa: ésta brillaba nuevamente, pero se apagó rápidamente cuando sus padres volvieron a entrar en la habitación.